



Extracto de Literatura

SEMANARIO DOSIMÉTRICO Y ILUSTRADO.

AUGUSTO G. BESADA

ESCRITOR
 Director
 Enrique Labarta

POR VARIOS
 GALLEGOS
 DE BUEN
 HUMOR



Es un chico nada adusto,
 Literato de buen gusto
 Y que, sin hacerle agravio,
 Solo se parece a Octavio
 En que le llaman Augusto.

Sus talentos de escritor
 Y aptitud para la critica
 Hoy los desdeña ¡oh dolor!
 Y tan solo a la politica
 Consagra todo su ardor.

¡Y apena el ánimo, el ver
 Que desde el alto sitial
 Del literario valer,
 Baje Augusto, para ser...
 Diputado provincial!

ENRIQUE LABARTA

NÚMERO SUELTO, 15 CÉNTIMOS



Razón de la sinrazón.—Labarta fiador.—
Pelra.. antre xeixos.—Brañas, el regio-
nalismo y la espada de Bernardo.—El
Centro Gallego y sus excentricidades.

El Director del EXTRACTO, que es además excelente poeta y excelentísimo amigo mio (ya llegará al Excmo. Sr.), que parecen tres cosas distintas y es un solo Labarta verdadero, me ha dado la comisión de escribir semanalmente esta crónica, supongo que para solaz de los leeres y no sé si para regocijo de las musas, y demás zarandajas ateneistas.

Pero, Sr. Director y Sres. lectores: entendámonos; yo puedo *cometer* á sabiendas ese delito para solaz, etc., etc., ó si ustedes quieren, *acometerlo*; es más, podría decir lo mismo que un digno discípulo de San Crispin dijo al Rey (á uno cualquiera) al tiempo de entregarle un memorial:

—Señor: yo soy la *comisión* del gremio de zapateros, que viene á entregar á V. M. este memorial...

Bueno: seré la *comisión* para dar dictámen sobre los asuntos culminantes de la última semana, sin perjuicio de formularme á mi mismo algún voto particular de cuando en cuando, presentarme alguna en-

mienda, votarme, declararme en sesión permanente, abrirme y cerrarme, disolverme y... volverme loco discurriendo por ahí; todavía más, seré comisión para hacer una crónica cada semana, sin tener en cuenta que las comisiones son las crónicas (suple enfermedades) de este país; que hacer una crónica por semana ya es algo cuando otros no hacen más que... de las suyas, y finalmente, que aún siendo mias estas crónicas, espero no sean tales en cuanto plagas.

Pero ¡aquí está el *pero*, voto á brios! á pesar de ser todo lo comisión y todo lo cronista, y todo lo buen amigo de Labarta que se quiera, me declaro *alieni juris* en cuanto se trate de obligarme, y exento de responsabilidad criminal en mi *cometido*. Si yo *acometo* esta empresa y de ella resulta muerto ó mal ferido el sentido común ú otro de esos lugares comunes, sabed que no he sido yo, sin que valga lo de «*excusatio nom petita, delictum manifestat*». Labarta dá por mi su cara, que no es poco dar, atendido á lo

muy graciosa que es, según lo observará todo lector que vea la revista siquiera por el forro.

En fin: á ello. A buscar elementos para la crónica. A sembrar.

Porque lo que yo deseo es que la crónica resulte aunque sea mala. Y para eso me atengo á lo que decía aquel aragonés del cuento que sigue.

Este aragonés plantó una higuera en medio de un camino. Vió esto un compadre suyo y le advirtió prudentemente que aquella higuera puesta en semejante sitio, no podía prender, porque los muchachos la arrancarían, la pisotearían las mulas, ó la aprovecharían para garrote alguno que tuviese de él necesidad. En fin, no podía prender.

—¡Otra que Dios! Pues hombre ¿qué me importa que la higuera prenda ó no prenda con tal que dé higos?

* * *

Si no fuera por el motivo que verán más adelante los lectores, no les diría palabra de la sesión permanente del Congreso. Pero ello fué que estuvimos soliviantados con aquella permanencia de nuestros padres de la patria, y aún yo me veo y me deseo recordando tanta permanencia, y sobre todo los achuchones, codazos y malos ratos que pasé en el tendido, digo, en la tribuna ecuestre, de los chicos de la prensa.

Sin embargo, todo lo olvido, ante el recuerdo de lo que allí dijo y contó, gritó, peroró é hizome palmotear de gusto, el amigo Juan V. de Mella. ¡Cáspita! ¡Si digo que es lo único que saqué en limpio de la sesión permanente!

¡Qué voz, qué ademán, qué elocuencia, qué profundidad, qué lógica, qué apóstrofes, qué interrupciones, qué ingeniosidades, qué valen-

tía y qué ganas de bajar las que yo tenía y decir á Sagasta:

—D. Práxedes, mire V.: este señor es amigo mio ¿sabe V.? y es de los pocos que valen ¿se entera usted? y hágame el favor de tirarle de la lengua para que no pare de hablar, y ¡viva la sesión permanente que dá margen á que Mella hable contra ella, y vinieran otras cien sesiones más permanentes que un catarro mal curado si Mella ha de combatirlas y decir cosas tan sabrosas y bien dichas!

Pero ocurrió que, entusiasmado, palmoteé un poco, y el Presidente llamó al orden á las tribunas. ¡Mire usted que Presidente! El Sr. Mella... Mella...do! Un Mella en solfa!

* * *

El Sr. Brañas anda llevado y traído también en el Parlamento por la cuestión de los Juegos florales de Barcelona, y si dijo ó no dijo, y si Martínez Campos amenazó ó protestó ó se sublevó ó no hizo nada.

Bueno. Yo jamás fuí partidario del regionalismo, pero ¡diantre! lo que es ahora tengo mis dudillas. Figúrense Udes. á Martínez Campos desaprobando eso del regionalismo y hablando de autonomía y no sé que más.

Pues... argumento á contrario tomado de Iriarte:

Guarde para su regalo esta sentencia el lector:
si el sábio no aprueba ¡malo!
si el nécio aplaude ¡peor!

* * *

Por lo demás aquí el Sr. Brañas estuvo muy elocuente en su discurso en el Centro Gallego, y, á la verdad, trató con gran competencia la cuestión económica y los presupuestos.

Cuando hablo ó me acuerdo de éstos, se me nubla el alma. No es

que yo los critique, ni diga que no son sinceros, ni combata los nuevos monopolios, ni deje de admirar el régio donativo; nada de eso. Es que... ¡no me cabe en el majin esa palabreja, que no es más que albarda sobre albarda! *Pre*, antes, y *suponer* significa dar por sentado algo; lo que supone es anterior, porque lo que pasó es cierto y no supuesto; con que *presuponer* es... suponer lo que anteriormente se supuso. Morlés de morlés.

Esto no es *lexicología*: son habas contadas.

* * *

Y sigamos con el Centro y sus *hombres*.

Digo esto de hombres porque en el reglamento que se discute hay un articulillo (que no es de fé, ni hay esperanza de que prospere, y por eso calculo que será caridad pura) en que se habla de *sócios-hembras*. ¡Ave María purísima!

O *ellos* se vuelven *ellas*, ó á *ellas* quieren volverlas *ellos*, ó... no

hay más vueltas que darle. Acaso algun socialista, que también los hay en Galicia y sinó ahí está Pablo Iglesias, redactó ese artículo teniendo presente la máxima de Pedro Leroux: «La mujer que tiene derecho para subir al cadalso, debe tenerlo también para ocupar la tribuna.»

Yo diré: «la mujer que tiene derecho á remendar la ropa de su marido é hijos (no sería derecho, sinó obligación, pero ¡miren ustedes que el derecho al cadalso!), debe tenerlo también para no meterse en camisa de once varas.»

San Pedro que lo supo
compró tres libras...
asi dice el cantar.

* * *

Y aqui concluye la crónica—perdonad sus muchas faltas,—y no me apliquéis el dicho:—de «al primer tapón ¡zurrapa!»

PEDRO PONCE
(José G. Acuña)



LOS PECADOS CAPITALES

II.—A UN AVARO

SONETO

¡No hay vida más amarga que tu vida!
Sumi lo en la miseria. en la pobreza,
¿de qué te sirve, dí, la áurea riqueza
que para el mundo tienes escondida?

Por no causar en ella leve herida
que amenguara un momento su belleza;
por no arrancarla una argentina pieza,
perdieras tu existencia maldecida.

Si Judas vendió á Cristo por el oro,
acaso á Judas tú sobrepujaras:
por aumentar un grano á tu tesoro,
por retener tus manos tan avaras
treinta dineros, á ese Dios que adoro
no sólo le vendieras... ¡le matara!

Marcelino Sors Martínez

S U E Ñ O

QUISIERA saber un idioma más rico en palabras que todos los conocidos, un idioma que me sirviera para relatar lo que veo y lo que siento en mis sueños. Cuando hago un ensayo con las frases comunes, ordinarias, solamente me es posible dar una explicación insípida en la cual no pueden encontrar los que la lean todo lo que yo desearía que encontrarán. Yo soy el único que distingo, detrás de esa acumulación de vocablos, el abismo insondable de lo fantástico, de lo ideal, de lo intangible.

La excesiva rapidez con que los espejismos del sueño se suceden y cambian, nos hace incurrir en una equivocación. Decimos generalmente: «He estado soñando toda la noche» y tal vez la duración del sueño no ha excedido de un minuto.

* * *

La visión de que voy á hablar, es posible que no haya durado más que algunos segundos y me fundo para suponer esto en que á mí me ha parecido muy corta, sumamente corta con relación á otras visiones.

La principal imágen se ha esclarecido en dos ó tres veces por virtud de movimientos rápidos semejantes á la aparición y desaparición de una luz colocada detrás de un trasparente, de una luz indecisa, de forma indeterminable, de una luz que brota del caos, del no ser.

La luz se convierte luego en rayo de sol que entra por mi ventana, posándose en el suelo. Al mismo tiempo asalta mi imaginación un recuerdo de algo que no puedo expresar, un presentimiento rápido que conmueve hasta el fondo de mi alma.

Empiezo á precisar.

Es el rayo de sol que entra, por la tarde, por una ventana que dá á mi jardín, jardín exótico, en el cual, aunque no lo he visto, sé que hay mangas y bananos...

Ahora, las partes relativamente obscuras van aclarándose y yo observo, estremeciéndome la dilatación de la luz.

Nada más simple que lo que contemplan los ojos de mi alma. Un cuarto pequeño con paredes de madera; varias sillas de paja; una consola, y sobre ella un reloj del tiempo de Luis XV; su péndula tiene un balanceo casi imperceptible.

Yo he visto todo aquéllo y no puedo acordarme donde y me agito, lleno de angustia, delante de un velo tenebroso que está corrido en un punto dado de mi memoria y que me impide escudriñar lo que hay más allá... Recapacitemos... Esta es la tarde; esta es la luz de un sol dorado que vá á extinguirse; este es el reloj cuyas manecillas señalan las seis... ¿Las seis de que día para siempre perdido en el abismo eterno? ¿qué día de qué año lejano y desaparecido?

Las sillas de la habitación parecen tener una respetable antigüedad; sobre una de ellas hay un sombrero de paja blanca, sombrero de mujer; su forma es también antigua.

Me detengo y un nuevo estremecimiento me sacude con más fuerza.

La luz pierde su brillantez, se amortigua; apenas es ahora la turbia claridad de los sueños ordinarios.

Yo no sé, no comprendo... Pero á pesar de todo juraría que he estado en esa humilde casa, que conozco la vida que en ella se hace—vida melancólica de los habitantes de las colonias en época lejana, cuando las distancias eran más largas y los mares más desconocidos.

Y mientras contemplo el sombrero de paja blanca que vá borrándose poco á poco, como todos los demás objetos que hay allí, me asalta esta repentina idea: «Entonces es que *ella* ha entrado.»

Y en efecto; *ella* aparece; *ella* que estaba detrás de mí sin que yo la viera ni la sintiera entrar; *ella* que quedó en la parte obscura, en el fondo del departamento á donde no llega el rayo de sol... *Ella* tiene forma vaga, como un diseño de colores apagados, trazado sobre una sombra gris.

Ella es muy jóven, criolla, con la cabeza desnuda de todo adorno, con cabellera abundante con grandes bucles que caen alrededor de su frente y que me recuerdan un antiguo peinado.

Voy distinguiéndola mejor. A sus hermosos ojos asoma el deseo de hablarme; su rostro expresa, á la vez que melancolía, candor infantil; no es perfectamente bella, pero si encantadora. Y ante todo y sobre todo es *ella*.

Ella, una palabra que tiene exquisita dulzura; una palabra que tal como yo la entiendo, es la más poderosa razón que puede invocar un hombre para vivir y expresar lo inefable, lo infinito. Decir que no la reconozco sería la mayor simpleza. Todo mi espíritu se dirige hácia ella impulsado por fuerza incontrastable, y este movimiento tiene un no sé qué de sordo, de horriblemente sofocado, como el esfuerzo imposible de un cadáver que tratara de recobrar la vida después de años y años pasados bajo la losa de un sepulcro.

*
*
*

Por lo general, una emoción muy fuerte experimentada en un sueño rompe los impalpables hilos y todo da fin.

Despierta uno; la frágil trama, una vez rota, flota un instante y se evapora con mayor rapidez que la que emplea el espíritu para alcanzarla y detenerla; desaparece como un jirón de gasa que el huracán arrastra á sitios lejanos, inaccesibles.

Pero nó; esta vez no me desperté y el sueño se prolongó, aunque cada vez más incoloro, más confuso.

Un instante estuvimos ella y yo mirándonos, dominados por el anhelo del recuerdo, inertes, sin voz para hablarnos y casi sin ideas que expresar, sumidos en una deliciosa angústia... Después, nuestros ojos se nublaron y nuestras figuras perdieron algo de sus contornos... La luz descendía, descendía siempre.

Ella salió y yo la seguí. Entramos en un vasto salón de paredes blanqueadas en el cual habia muy pocos muebles.

Nos aguardaba allí otra sombra de mujer vestida muy sencillamente, mujer en la que yo creí reconocer á la madre de la otra. Sin ponernos de acuerdo, sin cambiar una sola palabra, como si obedeciéramos á una antigua costumbre, salimos los tres del salón... ¡Dios mio, cuántas palabras harían falta para explicar sucintamente todo aquello que pasaba sin ruido entre personajes diáfanos que se movian como reflejos próximos á extinguirse en una obscuridad creciente y túrbida!...

Salimos los tres á una calle estrecha, muy triste y muy sombría, con

dos hileras de casas... Con grandes árboles... Al final, el mar... No se veía pero se adivinaba. Todo aquéllo, visto desde la penumbra donde viven los muertos, producía una impresión extraña, como la que debe experimentarse en destierro lejano; como la que se hubiera sentido hace cien años al recorrer las calles de la Martinica. Grandes pájaros revoloteaban en la pesada atmósfera. A pesar de la semi obscuridad que nos rodeaba sabía yo fijamente que era la hora del crepúsculo vespertino; que habíamos salido á la calle obedeciendo á una antigua y arraigada costumbre; que dábamos nuestro paseo de la tarde. Pero las impresiones recibidas iban amortiguándose; las dos mujeres ya no eran visibles para mí; de ellas no me quedaba más que la ilusión de dos espectros que caminaban á mi lado, deslizándose sobre la tierra... Después nada... ¡Todo se extinguió para siempre en la noche del verdadero sueño!

* * *

¿Cuánto tiempo dormí después de haber soñado? ¿Una hora? ¿dos horas?... No lo sé. Al despertar sentí una conmoción interior, un sobresalto que me hizo abrir los ojos desmesuradamente.

Desde luego encontré en mi memoria copia exacta de la visión en su momento de mayor intensidad; el momento en que había pensado en *ella* y reconocido su gran sombrero de paja arrojado sobre la silla; el momento en que ella apareció detrás de mí... Poco á poco con mucha lentitud, me acordé del resto, de todos los detalles de aquella habitación *que yo conocía*; de la mujer de más edad á quien vi de un modo confuso; de aquel paseo; de aquella calle desierta... ¿En dónde y cuando habré yo visto realmente todo eso?

Evoqué mi pasado con una especie de inquietud, de ansiosa tristeza, haciendo grandes esfuerzos de imaginación... ¡Nada! En mi propia vida nada había semejante ni aún parecido á lo que soñé.

¡Ah! la cabeza humana está llena de recuerdos innumerables, mezclados en confusión espantosa; hay miles y miles escondidos en sitios recónditos, oscuros de donde nunca saldrán; la mano misteriosa que los agita, coje á veces, los más ténues, los más inalcanzables para ponerlos un solo momento ante la luz...

La visión que acabo de referir, no reaparecerá más seguramente; y si reaparece no será en la misma forma. En mi existencia nada hay que tenga relación con aquella mujer, ni con aquel sitio. Es el último fragmento de un hilo roto que debe acabar allí, donde acabó mi sueño; el principio y el fin no han podido existir más que en otros cerebros, que tal vez se hallan convertidos en polvo desde hace muchos años.

Entre mis ascendientes hubo marinos cuya vida y aventuras solo conozco de un modo imperfecto; y no sería difícil que existieran, no sé donde, en algún pequeño cementerio de las colonias de mi país, huesos pertenecientes á la jóven del sombrero de paja y de los bucles negros. El encanto que sus ojos ejercieron sobre alguno de mis desconocidos antecesores, fué lo bastante poderoso para que uno de sus misteriosos y últimos reflejos llegara hasta mí... Yo he pensado en ella un día entero... ¡y he sentido una melancolía tan extraña!...

Pierre Loti

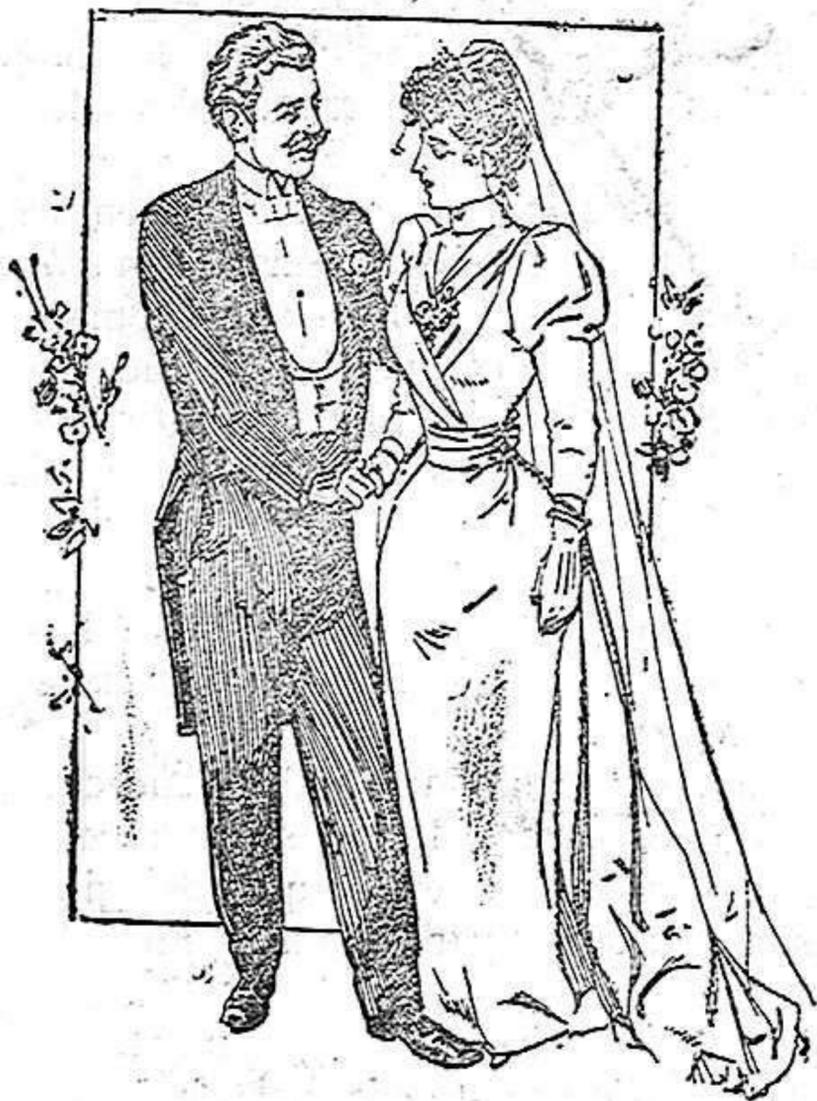
(Prohibida la reproducción)

El día después de la muerte

DIBUJOS DE CILLA

I

ME había suicidado el día anterior, y ya no podía decir si estaba en el cielo, en el limbo ó en el infierno. ¿Qué iba á ser de mi en mi nuevo estado? Irreflexiva, ciegamente, dejándome llevar de un ardoroso apasionamiento ó de un inevitable entorpecimiento, me había arrojado al matrimonio.



¡Ah! ya era tarde, no había remedio; hallábame en el lecho conyugal; ella, mi mujer, estaba junto á mi dulcemente dormida, y yo la contemplé por un instante, y luego, y luego, ¡diablo! cuesta ser franco al punto que yo quisiera serlo... luego sentime arrepentido.

Cuando al alma le aflige la angustia de un pesar, nada cura tanto como hacer á los amigos confidencias de nuestra pena; la confianza es como la respiración, se despide por aquélla lo que nos daña como por ésta el ácido carbónico, y aspira, sino los consuelos, los estímulos, el oxígeno, la vida.

¿Pero á quién contarle mis tristezas? Los muertos no hablan, los maridos se condenan por ser-

lo á un eterno silencio.

Quizá por un privilegio que el cielo se sirvió concederme, yo me siento animado á decir la verdad desde esta vida de extra-vicaría...

Si, incautos, estas páginas tienen la finalidad trascendental del antiguo arte romántico... Aprended de mi, miraos en mi, y mi desgracia sirva de ejemplo.

Miré en torno mío; todo era nuevo á mis ojos; el cortinaje gris claro, la mesita de tocador recargada de botecillos, porcelanas y chucherías, las bu-taquitas de descalzar, el perchero, el roperito de espejo, todo esto me producía extrañeza y melancólico enojo.

¡Ah, pero qué dicha! Vagamente unas veces se producía el recuerdo de mi felicidad y acentuábase el pesar para amargarla; otras mi ventura parecíame tan grande que me hacía perder la noción de mi triste estado de esclavitud.

¿Dónde estoy? me dije, como suelen decir al volver de un desmayo los protagonistas de los melodramas.

¡Estoy casado!

¡Seríame tan dulce, pensaba yo, vivir junto á mi pobre Juanita, sin que á ello me obligaran la estrechez de una cláusula, las nimiedades de un ceremonial, y la tiranía de los convencionalismos y los rigores de la ley!

Si, si estoy casado... y sabe Dios si esta linda muchacha, cuya negra cabellera resalta revueltamente sobre el almohadón; esta jovencilla, de rostro pálido, negros ojos, ahora velados por párpados finos como corolas de rosa; esta preciosa muchacha de boca fresca, labios colorados, y que por dentadura tiene rica y menuda perlería... será el mismísimo diablo en persona... ó si el diablo vendré á serlo yo en breve, como sajú cornudo.



Antes habia deseado con loca vehemencia llegar á aquel momento como á

una ilusionadora ventura..., pero á pesar de todo, no podia vencer la extrañeza y el temor que acababan de asaltarme.

Yo ya sabia lo que ella, mi mujer, iba á ofrecerme: una série de continuas y repetidas, y puede que al cabo empalagosas dulzuras; pero de mi tendria mucho que esperar; esperarlo todo, abrigo, defensa, sustento, caprichos; la doble satisfacci6n de lo necesario y de lo supérfluo. En mi tenia un estuche de variados servicios; yo habria de ser su padre, su amante, su administrador, su paje, su siervo y puede que el juguete de su voluntad.

Lo dicho; no hay instante en la vida del hombre como aquel en que, inmediatamente después de casado... tiene un momento de espantosa lucidez.

Ahí es nada lo que un hombre echa encima de sus costillas; ha de dar, á cambio de efimeros instantes de contento... los afanes, las inquietudes de quien sabe cuanto trabajo.

Y como le asaltan á uno entonces, muy vivas y atormentadoras, las memorias de la vida anterior... aquella irresponsabilidad, aquel vivir á cada nuevo gusto con nuevas complacencias, y bien hágase el hombre laborioso como un benedictino, estudioso, austero y amigo de la soledad, ya se lance á los locos placeres, Tenorio ó Cartujo, sea asceta ó calavera, lo es por su propia voluntad.

¡Qué caramba! á fé de Prudencio Cautela, que tal es mi nombre, debo

afirmar que el primer momento de reflexión que uno tiene despues de casarse es terrible.



¡Adios, buenos camaradas; adios, cariñosas amiga de los amoríos efímeros; os veo lejos de mi, muy gozosos en el mundo de los vivos... pero os perdí para siempre.

¿Quién será esta que á mi lado descansa del misterioso encanto de una primera vigilia de amor? Yo no soy el curioso de ayer, soy el convencido ya, el satisfecho; sin duda no del todo, sin duda insaciable, pero conocedor del secreto que me afané por descubrir... Ella... ¿quién será? ¿Qué vá á ser para mi?

No hay más remedio, me dije, debo esperar temiendo y confiando á la vez.

II

Y ella despertose muy riente, y luego, por vivo movimiento, ocultó su rostro en la almohada... sentíase vergonzosa y tal vez con extrañeza hubo de sorprenderse al verme á su lado, allí en aquella gran cama, que no era la camita virginal en que hasta aquella noche se habia acostado rezando y durmiéndose con la oración en los labios, en demanda de dulces sueños, y despertando para rezar tal vez con arrepentimiento por sus sueños, como si en ellos hubiera puesto intención la pecadora voluntad; pero aquella era otra cama y no habia rezado en ella. Prudencio esperaba; de aquel instante penderia tal vez el conocimiento de su situación. de lo que iba á ser su vida. en adelante... infierno ó gloria.

Es un hombre receloso y descontentadizo..... Mas de pronto su esposa levanta la cabeza, agita su negra cabellera y mira lánguida y dulcemente á su marido, y ambos saludan con besos como pios de pájaro al nuevo dia...

Aquí está el secreto, díjose Prudencio; no apagar el amor ni por un solo instante, y él se aviva y acrece, y de este modo se muere para resucitar en otro mundo, en la gloria.





Así, pues, solteros no os acobardéis: morid, que si el amor subsiste, el matrimonio es el cielo, y si el amor se apaga, el infierno mismo...

Pero en la duda, ¿quién se arriesga? Direis. ;
Amad... es lo seguro.—PRUDENCIO CAUTELA.»

Por la copia,

José Zahonero

(Prohibida la reproducción)

Mayo de 1893

NOCTURNO

Xa veñen as sombras da noite calada
nas serras xigantes co a luz á loitar,
e ríndose a lua, no iñoto engarzada
estende risoña suas teas no mar.

Sobre o pino manso da espesa valgada
vese o lagarteiro co as aás peneirar
buscando o poleiro na escura esgallada
pra ir ganar folgos, canso de roubar.

Na aldea, entre rosas, viñals e verdruas
éu vendo todo esto, deixo o mundo andar,
y estou cavilando cantas escrituras,
mañan que é mercado, che me irán pagar.

M. Martínez Gonzalez.

Coplas

Cuando canto y pienso en ti
el llanto sale del alma.
¿Porque vienes? le pregunto.
y el dice: Porque me llamas?

¿Quieres niña que te explique
lo que es prosa y poesia?
Pues donde la vida empieza
y donde acaba la vida.

Cuando estoy dormido dudo
si estoy dormido ó despierto,
y es que despierto ó dormido
tengo el mismo pensamiento.

G. Ossorio y Gallardo.

LA ROMERÍA DE SAN ISIDRO

Para los madrileños
esta semana
ha sido de jolgorio
fiestas y gala,
como que ha sido
la de la romería
de San Isidro.

El lunes fué su santo
y en la pradera
hubo humor y alegría
dicha completa,
solo cortada
por algunos entierros
de los de farsa.

Allí hicieron su agosto
los de los puestos
de rosquillas y bollos
y otros venenos.
De allí ganando
saldrán al fin doctores
y boticarios.

Allí cada uno iba
buscando aquello
que calmaba la forma
de su deseo,
pues es sabido
que no hay nada que falte
por San Isidro.

Por cuya razón fueron
á la pradera
en petición de fuego
las cocineras
¡Y lo obtendrían
que de allí se volvieron
echando chispas!

En cuanto á las niñeras
fueron al sitio
segun dicen los hombres
buscando niños,
y sino al punto,
en pasando unos meses
tendrán alguno.

Buscando pez, bajaron
los zapateros
que encontraron sin duda
peces muy buenos.

Los aldeanos
que iban buscando *palas*
se hallaron *palos*.

Encontraron *cepillos*
los carpinteros
que al punto les *limpiaron*
los trajes nuevos.
Los albañiles
volvieron con espumetas
de gran cal. libre.

Fueron á por agujas.
las costureras
y volvieron á casa
con *agujetas*.
Porque ya aquéllas
se llevarán los guardias
de vias férreas.

Los políticos iban
por los buñuelos
y asegura la gente
que los trajeron.
Y allí se ha dicho
que se habían comprado
muchos y finos.

Por mogicones fueron
muchos matones
y volvieron los chicos
con mogicones.
En fin, la gente
fué en busca de sus gustos
precisamente.

Hay algunos que dudan
á lo que fueron
unas chicas vestidas
á lo flamenco.
Pero estas dudas
la verdad, ni son graves
ni son obscuras.

Pues apesar de hacerse
las inocentes,
pretendiendo mostrarse
chicas decentes.
yo sé que han ido
todas á la pradera
buscando pitos.

Gerardo Alvarez Limeses.



¡DOS PROHIJADOS!

POESÍA DEDICADA Á LA SOCIEDAD PROTECTORA DE ANIMALES

Dos caballeros formales
y de gran autoridad,
miembros de la sociedad
protectora de animales,
ayer tarde frente á frente
en la calle se encontraron
y entre los dos entablaron
la conversación siguiente:
—¿Qué cuenta usted don Mamerto?
—Amigo, un caso increíble,
triste, patético, horrible:
esta semana se ha muerto
la sócia Doña Eleuteria
y, crimen, grave, inaudito,
deja un gato y un perrito
sumidos en la miseria.
—¿Y en el testamento, nada
dice acerca ese punto?
—No señor, sobre el asunto
no ha escrito ni una plumada.
¡Y esa no se la perdono!
Qué corazón tan ingrato!
¡Dejar un perro y un gato
en el mayor abandono!
—Pero, habrá algun codicilio...
—No señor; ya averigué,
¡Cuando yo le digo á usted
Que se quedan sin auxilio!
La cosa no tiene excusa:
olvida á sus compañeros
¡y en cambio, nombra herederos
á los niños de la inclusa!
—¡Zambomba! ¡Usted que me dice!
¡Por mi boca, á esa señora
la *Sociedad protectora*

de animales, la maldice!
Y en alta voz lo declaro
y en términos concluyentes:
desde hoy á esos inocentes
los tomo bajo mi amparo;
y así cuando el perro ladre
y el gatito dé en mayar,
me pondré á considerar
¡que soy su segundo padre!
¡Vengan á mi casa, pues!
¡Estoy solo, vive Dios,
y aumentándose esos dos...
—Ya serán ustedes, tres!
¡Le honran sentimientos tales!
¡Eso se llama ser hombre!
¡Yo le doy gracias, en nombre
de todos los animales!
Mas, ¿qué pasa en esa esquina
junto á la casa de enfrente,
que en torno á un bulto la gente
gritando se arremolina?
—¡Será un gato que cayó
del alero de un tejado?
—¡O un perro! ¡Se habrá matado!
—¡De fijo se desaucó!

Y los sócios sin tardar
se acercan al grupo á ver
si hay un gato á quien valer
ó algun perro que salvar.
Y el que primero se entera,
dice, dejando el corillo:
—Total, nada; es un chiquillo
que ha muerto de hambre en la acera

Enrique Labarta.

PREGUNTAS (Á 15 CÉNTIMOS)

Un canónigo.—¿Cual es el santo,
que cada vez que nos acordamos de
él, nos obliga á todos á dar gracias
á Dios, incluso á los hombres mas
ateos?

—San *Deogracias*.

Un doliente.—Padezco mucho de

las muelas: ¿Cómo haré para que
me las quite todas un dentista sin
que me cause absolutamente nin-
guu dolor, ni yo note jamás su falta
despues de quitadas y ni siquiera
llegue á saber que me las quitaron?

—Haga V. testamento, ordenan-
do en él que una vez que se haya
muerto y trascurridas dos horas
despues de la defunción, venga un

dentista y le quite todas las muelas. Enseguida péguese V. un tiro; y le juro, que ni sentirá dolor cuando se las quiten, ni siquiera llegará á saber si se las quitaron.

Sr. D. R. N.—¿Qué haré para tener ventura en casa y al mismo tiempo no tenerla?

—Cásese V. con una chica de mal carácter que se llame Ventura. De esa manera tendrá usted *Ventura* en casa, precisamente desde el mismo día en que empieza á fallarle.

Un arquitecto.—¿Cuál es la bóveda mas artística que se conoce?

—La bóveda celeste.

Sr. D. P. R. S.—¿Cuál es el colmo de un torero?

—Ponerle un par de banderillas al signo *Tauro*.

A 30 CÉNTIMOS

Sr. D. T. V.—¿En qué se parecen las doloras de Campoamor á los descabellos de Lagarrijo?

—Ambas cosas se parecen En que están hechas con arte; Pues las dos en cualquier parte Bravos y palmas merecen.

¡Qué viva, pues, el humor De esta tierra de cultura, Donde están á igual altura Lagartijo y Campoamor!

Brodio.—Haga V. una quintilla con las siguientes palabras: *Zepedano, Picota, Pedáneo, Cadaval y natillas*.

—Juan *Zepedano Picota Pedáneo del Cadaval* Es un dulcero de nota Que hace, si come compota, *natillas* al natural.

Juan Perez.—Sírvasse V. publicar en el número próximo del EXTRACTO una cuarteta ó quintilla

en la cual entren las palabras siguientes: *corderito, curupela, horquilla, palleira, campanero*.

—Escribir una quintilla
Con *curupela y horquilla,*
Corderito, campanero
Y *palleira*... ¡considero
Que es la cosa más sencilla!

Quitolis.—Suponiendo que las piernas de un amigo mio tienen 32 grados de arco, que és un retrato de Picio y que se le tira una tangente sistema a. r. (despreciando el c-b) averiguar los grados de madurez de las calabazas correspondientes, medidas con la aproximación de un presuntuoso poetastro.

—Imposible responder;
Pues viene un sello sin goma
Y en él, una mancha asoma
Que lo hace desmerecer.
¡Sin goma y con un borrón
La mejor base del tema,
Comprenda usted que el problema
Ya no tiene solución!
Pues creo (y esto no es guasa)
Que al preguntarme usted esto,
Parte de un *falso supuesto*:
¡Porque ese sello... *no pasa!*

Un alumno de Arqueología.—

Dime Labarta formal
Y con el debido tino
Si el estilo Bizantino
Sobrepuja al Ojival.
No creas que importe un bledo
El contestar al acaso;
Que si asi hago *en el repaso*,
Me dará un suspenso *Oviedo*.

—¡Oh tu, que en versos tuteas
Al que ni sabe quien eres!
¿Si salir de dudas quieres
Porque los libros no hojeas?
Óyeme, pues, ¡voto á tal!
Dos cosas son las que opino:
Que el estilo Bizantino
No supera al Ojival,
Y que si sales de apuros

Y te aprueba el profesor...
¡Debes hacerme el favor
De mandarme cinco duros!

Sr. D. J. C.—

*Cayó el avaro Escosura
muerto, desde un barco al mar.*

Sírvase V. hacer los otros dos versos que faltan para completar una cuarteta de modo que resulte un epigrama.

EPIGRAMA

Cayó el avaro Escosura
Muerto, desde un barco al mar,
¡Sin duda por no pagar
Derechos de sepultura!

El mismo.—

*La habladora Rosa Llanos
yace en este panteón.*

Dados estos dos renglones hacer los otros dos que faltan para completar una cuarteta humorística de suerte que resulte un epitafio.

EPITAFIO

—La habladora Rosa Llanos
Yace en este panteón
¡Y con los mismos gusanos
Emprendió conversación!

TRES PREGUNTAS

EXTRAORDINARIAS

A 80 céntimos cada una

Sr. D. J. S.—¿Hay nada más malo que... y que...? y entre estas dos ¿cuál escojeria usted?

—Peor que ese doble pisto
Que nos dá tan malos ratos
Tan solo una cosa he visto:
¡La sentencia de Pilatos,
Condenando á Jesucristo!

Y á escojer... escojeria,
Si la eleccíon fuese mia,
Con muchísimo más gusto,
¡Un tifus con pulmonia
Sobre el lecho de Procusto!

El mismo.—¿Qué delito debía haber cometido el hombre que fuese condenado á,....?

—Ni aun juntando el cieno inmundo
Que mil patíbulos llena
Se halla un delito en el mundo
Bastante para esa pena.

Y si me apuran, yo digo:
Judas, el diablo y Nerón
De tan horrible castigo
Merecedores no son.

El mismo.—(Aqui dos renglones en verso.) ¿Qué clase de avechuchos son estos.

—Son microbios literarios
Dañinos y *climatéricos*,
¡Bastante mas sanguinarios
Que los microbios coléricos!

¡Ojo! ¡ojo! ¡ojo!

¡Esto es un escándalo! ¡Más de dos páginas de preguntas y algunas aún tienen que quedar para el próximo número por falta de espacio! Perdonen los señores suscriptores; pues los preguntantes y yo estamos abusando de su paciencia. Por lo tanto, á fin de evitar que la sección de preguntas resulte muy larga, vengo en decretar lo siguiente:

ARTÍCULO ÚNICO.

A contar desde el día 21 del corriente mes, las preguntas en prosa costarán 30 céntimos, y las preguntas en verso 60 *idem*. Unas y otras no podrán exceder de treinta palabras. Quedarán sin respuesta todas las que no cumplan dicho requisito, ofendan la moral y buenas costumbres, hagan alusiones personales ó no acompañen el importe de tarifa en sellos de correos.
—Pontevedra 20 de Mayo de 1893.

SUMARIO

Texto.—Augusto G. Besada, por Enrique Labarta.—*Crónica de la semana*, por José G. Acuña.—*Los pecados capitales*, por Marcelino Sors Martínez.—*Sueño*, por Pierré Loti.—*Después de la muerte*, por José Tahonero.—*Nocturno*, por M. Martínez González.—*Coplas*, por Carlos Ossorio y Gallardo.—*El día de San Isidro*, por Gerardo Alvarez Limeses.—*Dos prohijados*, por Enrique Labarta.—Preguntas—Advertencia.—Anuncios.

Grabados.—*Retrato de D. Augusto G. Besada*, de fotografía directa.—*Dibujos de Cilla*.

ANUNCIOS

EXTRACTO DE LITERATURA

SEMANARIO DOSIMÉTRICO ILUSTRADO

— ESCRITO POR VARIOS GALLEGOS DE BUEN HUMOR —



DIRECTOR-PROPIETARIO Y ADMINISTRADOR

ENRIQUE LABARTA POSE

SE PUBLICA LOS SABADOS

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

España y Portugal, trimestre,
2 pesetas.
, semestre,
3'50 idem.
, año, 7 id.
Ultramar y extranjero, semes-
tre, 7 idem.
, año, 10 id.

PRECIOS DE VENTA

Número corriente, 15 céntimos.
Idem atrasado, 25 idem.
A corresponsales y vendedores
12 céntimos número.

ANUNCIOS

Se admiten á precios convencio-
nales.

Toda la correspondencia tanto literaria como administrativa, diríjase á
D. **Enrique Labarta**, FERIA 38—PONTEVEDRA.

EL LIBRO

« FOLIOS DE PAPEL »

DE

D. ALBERTO G. FERRERIO

SE VENDE AL PRECIO DE 3'50 PESETAS EJEMPLAR
en «El Siglo», Pontevedra y en las librerías de Fé, Carrera de San Jeró-
nimo 2, Madrid; de Miranda, Plaza Mayor y Sol, 5, Or nse y de Carré,
Luchana, 16, Coruña.

BALSAMO DE FIERABRAS

COLECCIÓN DE VERSOS GALLEGOS Y CASTELLANOS

POR

ENRIQUE LABARTA POSE

PRECIO: 4 PESETAS

Los pedidos al autor, FERIA 38—Pontevedra.